

LA ECONOMIA DE LA SOLIDARIDAD¹

La solidaridad es un importante valor. En base a ella le doy a otro ser humano, o recibo de el (o de ella), tiempo, bienes o dinero, por el simple hecho de que el receptor es un ser humano.

Cuando se hace algo por solidaridad, no se espera ninguna contraprestación (al menos inmediata. Hay personas que son solidarias en el nombre de "hoy por tí, mañana por mí"). Queda para otra oportunidad discutir si soy solidario porque pienso en el otro, o porque así "me siento bien conmigo mismo".

Cuando se aborda una cuestión debe resistirse la tentación de explicar todo a través de ella (como, a veces, ocurre actualmente con los debates sobre la corrupción). La igualdad de oportunidades, particularmente en los primeros años de la vida de cada ser humano, como la desregulación de la legislación laboral para que los más pobres también tengan su chance cuando buscan trabajo, no requieren de la solidaridad para ser recomendadas, porque se justifican en los planos de la justicia y de la eficiencia económica.

Este no es un ensayo sobre la solidaridad, sino sobre la economía de la solidaridad. El término, utilizado recientemente por monseñor Jorge Casaretto, obispo de San Isidro (La Nación, 23 de junio de 1993), también lo escuché en un encuentro entre obispos y economistas, que en 1991 tuviera lugar en Santo Domingo, República Dominicana, cuya versión escrita aparece en Barletta, N. A.; Luders, R. y Rodríguez, O. A., 1992: La doctrina social de la Iglesia y la economía para el desarrollo, CINDE.

El objetivo de estas líneas es el de mostrar las formas en que la solidaridad tiene que implementarse para ser efectiva, así como puntualizar aquella que genera más problemas que soluciones. Dicho de otra manera: el término "economía de la solidaridad" puede significar algo valioso o algo muy peligroso, dependiendo de como se la implemente (el peligro es muy concreto: de lo que se trata es de reducir al máximo posible el número de necesitados.

¹ Rafael Braun leyó la versión preliminar de este trabajo, formulando valiosos comentarios.

Consecuentemente, juzgaremos cada iniciativa de implementación de la economía de la solidaridad, según si "fabrica" o disminuye el número de necesitados).

. . .

El acto de solidaridad no es un acto de creación de ingresos o riqueza, sino uno de redistribución. Por solidaridad sacrificio parte de mis bienes, mis oportunidades o de mi tiempo libre, para que los disponga otro (le regalo uno de mis bancos al vecino que no tiene; me paso un sábado por la tarde acompañando a un amigo convaleciente, etc.). Cuando me saco de encima la cama que no uso, para dársela a una víctima de una inundación, más que solidaridad busco comodidad; aquí el término sacrificio alude al hecho de que si no donara bienes o dinero por razones de solidaridad, satisfaría mejor mis necesidades consumiéndolos yo mismo.

Resulta claro, en función de lo anterior, que la solidaridad tiene alcances limitados. La enorme mayoría de los seres humanos no somos la Madre Teresa de Calcuta; consiguientemente, estamos dispuestos a sacrificar una parte importante de nuestros consumos, o de nuestro tiempo libre, frente a emergencias, o frente a casos límites, pero no como situación normal.

Siendo esto así, hay un sentido muy importante en el cual debe regir la economía de la solidaridad, diferente al que se le da en los debates corrientes. Me refiero al hecho de que, siendo en el plano de la solidaridad los recursos particularmente escasos, es donde hay que aplicar con más rigor los criterios económicos (dada su escasez en la Tierra, desperdiciar recursos es un pecado; hacerlo en cuestiones de solidaridad es un pecado mortal). Volveré sobre este punto más adelante.

. . .

Para bien o para mal, vivimos en un mundo capitalista (a la luz de los resultados producidos por los regímenes económicos no capitalistas, no es fácil argumentar que es para mal. Por eso encuentro peligrosa la primera parte de la siguiente afirmación: hay que "pasar de la economía de la libertad a la economía de la solidaridad").

¿Es una economía capitalista incompatible con la posibilidad de que algunos seres humanos seamos solidarios, mientras otros eligen no serlo? De ninguna manera. La clave está en las formas que se utilizan para implementar el valor solidaridad.

Hay 2 formas, complementarias, de implementar eficazmente la solidaridad en una economía capitalista: la voluntaria (individual, o a través de instituciones no gubernamentales), y la consensuada (en rigor impuesta, pero en un régimen democrático negociada en el Congreso), a través de la política fiscal.

Percibo ingresos por retribución de servicios laborales, alquiler por una vivienda que poseo o intereses por mis ahorros. A la hora de destinar los mencionados ingresos, puedo "tirármelos todos encima", actuando de manera egoísta, o acordarme de mis hermanos, complementando la jubilación de mi padre, enviando dinero a Cáritas o destinando parte de mi tiempo a reconfortar amigos en dificultades.

No hay nada, en una economía capitalista, que me impida ser "bueno", en el genuino sentido que acabo de explicitar. Ningún empresario, profesional o asalariado, va a perder competitividad por ser solidario en la forma descrita, frente a quienes practican el egoísmo más absoluto. Porque así entendida la solidaridad implica compartir el ingreso y el tiempo disponibles para consumir (no son solidarios con sus bienes quienes trasladan a precios sus donaciones, de la misma manera que no son solidarios con su tiempo quienes visitan a los enfermos en horario de trabajo).

En este plano, la acción de los obispos es básicamente pastoral. Les corresponde trabajar de "espejo" frente a todos aquellos que se autotitulan buenos católicos, induciéndolos a reflexionar si están haciendo por su prójimo todo lo que deben. Para lo cual, no está de más aclararlo, tienen que comenzar por predicar con el ejemplo.

. . .

A través de los esfuerzos individuales, o de los organizados privadamente, los seres humanos que vivimos en un país donde rige una economía capitalista podemos -si queremos- ejercitar sin dificultades la solidaridad. Pero en la realidad no existen economías capitalistas puras, por lo que a través del Estado -en forma complementaria con los esfuerzos individuales- también se puede implementar la solidaridad.

Reitero un importante concepto ya señalado: un acto de solidaridad no es un acto de creación sino uno de distribución de riqueza y de ingresos. Consiguientemente, a través del sector público la solidaridad se implementa a través de la política fiscal. Lo cual implica explicitar qué bienes tienen que recibir ciertos seres o grupos humanos, que no pueden conseguir por ellos mismos, y al mismo tiempo explicitar quién va a financiar los referidos gastos.

La solidaridad así entendida no tiene el mismo grado de voluntariedad que la encarada a nivel individual, pero si la política fiscal es votada por un Congreso elegido democráticamente, expresa de manera consensuada lo que la sociedad cree que debe hacerse en materia de solidaridad.

La solidaridad implementada a través de la política fiscal es efectiva cuando se tienen en cuenta el siguiente par de apreciaciones. En primer lugar, cada gasto tiene que tener su correspondiente financiamiento. Quien recomienda en serio el aumento a los jubilados, la construcción de nuevas escuelas o el subsidio al fútbol, tiene que decir a quién le va a cobrar el

impuesto con el cual se van a financiar las referidas erogaciones. Sólo en las películas los autos recorren miles de kilómetros sin cargar combustible.

La necesidad de financiar explícitamente cada prestación solidaria fuerza la transparencia. ¿En el nombre de qué jóvenes bien vestidos, muchos de los cuales van en auto a las distintas facultades de la UBA y el resto de las universidades públicas, se oponen tan enérgicamente a cualquier forma de arancelamiento universitario (de \$ 5 mensuales, en la Universidad Nacional de Córdoba), cuando a raíz de ello hay que cobrarle más impuestos, entre otros, a los pobres?

La historia reciente del sector público, no sólo la de Argentina sino la de muchos países latinoamericanos, debe ser tenida bien en cuenta para evitar futuros errores. Porque es la historia de un proceso de apropiación del aparato estatal por parte de los ricos, para torcer la política económica en su favor. El estado argentino no se fundió, precisamente, por financiar los comedores escolares; se fundió por embarcarse en experimentos como estatizaciones de empresas que eran verdaderos "cadáveres", de deudas empresarias, de subsidios, de pago de tasas de interés exorbitantes, etc. Los pobres no "mojan el pancito" en la taza estatal, porque están siempre muy lejos del poder (soy liberal, entre otras cosas, porque estoy convencido de que el mercado más despiadado, mata menos gente que la clase de aparato estatal que sufrimos en los últimos tiempos).

La otra consideración es la siguiente: ¿con qué tipo de impuestos deben financiarse los gastos públicos fundamentados en la solidaridad? Siendo congruentes con el análisis que antes se hiciera a nivel individual, la solidaridad correctamente entendida en el plano fiscal tiene que basarse en impuestos que gravan los consumos, disminuyendo el ingreso disponible de los solidarios.

Cuando se la implementa en base a estos 2 principios, no hay ningún conflicto entre la solidaridad expresada a través del sector público y la competitividad de los productores de buen corazón, frente a la competencia interna y externa planteada por productores de buen o mal corazón.

. . .

Si por economía de la solidaridad se entienden los 2 mecanismos que acabo de describir, que me indiquen en qué esquina de la Plaza de Mayo se quiere iniciar el desfile para implementarla, para que sus partidarios lleven uno de los palos del estandarte y yo el otro.

Pero mucho me temo que haya personas a las cuales los mecanismos que acabo de mencionar les parezcan poco, muy trabajosos o poco seguros, y consiguientemente imaginen -o sueñen- con mecanismos más directos. Como veremos a continuación -ejemplificando con el caso de los subsidios familiares-, tales propuestas, realizadas en el nombre de la economía de la solidaridad, no son otra cosa que redistribuciones indeseadas de ingresos y riqueza; y por ser indeseadas lo que terminan generando no es solidaridad sino destrucción del sistema económico, paralización de las actividades, hiperinflación... y más pobreza y necesidades.

El salario es la retribución del servicio laboral; consiguientemente el salario de un inútil, como el de un vago, es cero, no importa las "necesidades humanas" que tengan cada uno de los mencionados. El empleador que no tenga más remedio que emplear vagos o inútiles, y por tratarse de ser seres humanos está obligado a pagarle el salario como si fueran esforzados o idóneos, será desplazado por los otros fabricantes cuando intente vender sus productos. Así no se implementa la solidaridad, sino el cierre de las fuentes de trabajo.

Por otra parte, el tamaño de la familia del trabajador no contribuye a su productividad y, consiguientemente, no puede contribuir a su salario.

Pero una sociedad puede, por consideraciones de solidaridad, compartir con el trabajador casado, padre de familia, parte de los costos de la crianza de los hijos. ¿Cómo se puede implementar eficazmente la solidaridad, ayudando a financiar parcialmente la crianza de los hijos, con el hecho de que lo único que puede retribuir el salario es la productividad del asalariado? Si la ley le obliga a los empleadores a hacerse cargo individualmente de los subsidios familiares, tendrán trabajo los asalariados solteros, luego los casados sin hijos, luego los casados con pocos hijos, y por último los casados con familia numerosa.

Para solucionar el problema se creó el sistema de subsidios familiares. El conjunto de empleadores y empleados aporta a un fondo cierta proporción de los salarios, con el cual se le paga el subsidio familiar a cada asalariado que está en condiciones de recibirlo. Ya no es el empleador que le dio trabajo a un asalariado con familia, quien tiene que hacer frente a una erogación que nada tiene que ver con la productividad, sino el conjunto de empleadores y de empleados (casualmente, cuando el sistema no funciona desde el punto de vista operativo, es que aparecen las dificultades laborales de quienes tienen familia a cargo, descriptas antes).

A cargo del conjunto de empleados y empleadores, el sistema funciona mucho mejor que a cargo de cada empleador individual. Pero todavía no es ideal: porque, siendo resultado de la solidaridad, debería ser financiado por todos los habitantes, y no solamente por los empleadores y los empleados. Dicho de otra manera: el costo argentino tiene que ser el costo de vivir en Argentina, no el costo de producir en Argentina.

Ejemplos de solidaridad mal entendida, porque intentan forzar la "solidaridad" de un empleador específico, y terminan perjudicando a quien se pretende ayudar, son la legislación que le obliga al empleador a conservar el puesto de quien tiene que cumplir el servicio militar (más grave cuando dicha obligación se cumplía a los 20 años); la que obliga a pagar un salario mínimo o subsidios por maternidad. Dado el carácter no voluntario de las referidas disposiciones, los jóvenes, los menos hábiles y las mujeres, "sorprendentemente" encuentran dificultades para conseguir trabajo.

La historia económica argentina posterior a la Segunda Guerra Mundial es un ejemplo de libro de texto, de la creciente diferencia que existe entre lo que se propuso lograr una política económica bien intencionada, pero irrealista, y lo que finalmente logró. Los economistas, que frente a los utópicos aparecemos como los aguafiestas, hacemos recomendaciones en base a lo que enseña la historia (local e internacional): que por pretender lo

que no es posible, se termina en una posición peor que la mejor que resultaba posible. Por querer solucionar todos los problemas, quedaron sin resolver muchos de ellos; mientras que si no se hubiera sido tan ambicioso, algunos de los que quedaron sin solucionar se hubieran podido resolver (entre mediados de las décadas de 1960 y 1970, mientras la tasa de crecimiento de la economía según los planes de desarrollo fue aumentando, la tasa de crecimiento verificada en la práctica fue disminuyendo hasta desaparecer).

. . .

Mencioné antes que la economía de la solidaridad debe ser tenida en cuenta al referirnos a la aplicación de los principios económicos, al diseño de los procedimientos a través de los cuales se la implementa. En otros términos, existe lo que podría denominarse la "tecnología" de la solidaridad: con el mismo monto de recursos se puede solucionar un número bien diferente de problemas, dependiendo de como se los encara.

Suelo escuchar que los pobres no deciden racionalmente, y que no hacen cálculo económico. Falso; los que tienen menos recursos hacen más cálculo económico que los ricos. Porque cuando estos yerran en sus decisiones, igual comen; en cambio, cuando los pobres se equivocan al optar, probablemente no puedan comer. Y la probabilidad de pasar hambre aguza la mente.

Un acto de solidaridad, encarado a nivel individual o colectivo, tiene que tener en cuenta los incentivos y desincentivos que genera en el beneficiario. Muchas personas creen que cuando los economistas hablamos de incentivos y desincentivos, deshumanizamos la realidad. Por el contrario, la humanizamos, porque ideamos esquemas ajustados al hombre tal cual es. Al respecto cito textualmente el siguiente testimonio: "Un consumo invernal promedio de un barrio de enganchados no baja de \$ 110 bimensuales por vivienda", aseguraron técnicos de Edenor y Edesur. ¿El motivo? "Al no pagarla, la electricidad se usa para todo y reemplaza a otros combustibles. Las estufas de cuarzo funcionan todo el tiempo, se cocina y hasta se seca la ropa con esa energía" (La Nación, 8 de julio de 1993). Cuando se regala un producto se lo demanda "demasiado", porque el consumidor no se hace cargo de los costos de producción. El estado benefactor sueco, modelo de organización social para muchos, quebró. Porque, ignorando los incentivos y desincentivos, achicó tanto la diferencia entre lo que se consigue integrando el sector de los que "ponen" en el pozo de la solidaridad, y lo que se obtiene integrando el sector de los que "sacan" del mismo, que el primer grupo se fue extinguiendo mientras el segundo se fue agrandando. Como consecuencia de lo cual, en Suecia, los verdaderos necesitados la van a pasar mal, hasta que la realidad vuelva a cauces más normales. La falla del estado benefactor fue la de suponer que los suecos eran ángeles, no hombres y mujeres.

Los casos educativo y habitacional proporcionan ejemplos útiles para ilustrar la cuestión. Cuando se quiere ayudar en materia educativa, con frecuencia se piensa en regalar guardapolvos. Mejor es regalar libros. Porque se puede enseñar sin guardapolvos, pero no sin libros; y porque si a una familia pobre le regalo un guardapolvo, lo más probable es que al

chico no le compre libros, pero en cambio si se le regalan libros lo más probable es que haga el esfuerzo y le compre un guardapolvo.

Al mismo tiempo, con el mismo dinero con que se fabrican 10 casas, se pueden instalar caños de agua corriente y cloacas para, digamos, 100 familias. Cuando a una familia pobre se le venden -en cuotas accesibles- un pedazo de tierra, la conexión de agua corriente y cloacas, le encuentra la forma de poco a poco ir construyendo su propia vivienda. Razonando inteligentemente, con los mismos recursos se solucionó la situación de 100, y no de 10, familias necesitadas.

La peor "señal" que hoy le puede enviar el gobierno a la sociedad, es la de hacerse cargo del problema de vivienda que tienen los intrusos. El problema lo tienen los intrusos, como lo tienen muchos cientos de miles de seres humanos, tan pobres como los intrusos, que sin embargo luchan por sus problemas viviendo lejos, viajando mal, juntando pesito tras pesito para levantar su vivienda, o pagar su alquiler, y que frente a la ayuda estatal a los que eligieron la vía de la acción directa, se preguntan: ¿nosotros qué somos, tontos?

Ignorar los principios económicos cuando se piensa en la solidaridad es cualquier cosa menos ético: porque la ética bien entendida es aquella que permite que el número de necesitados sin atender se reduzca al mínimo posible.

. . .

El economista inglés Alfred Marshall dijo que un buen economista es aquel que pone "la cabeza fría al servicio del corazón caliente", expresión que es extendible a cualquier profesión. Quien no tiene el corazón caliente no sabe cómo orientar sus energías en pos del bien común; pero quien no mantiene la cabeza fría, víctima de su sensibilidad, termina fabricando pobres. Y los pobres no quieren que les tengamos compasión; quieren que los ayudemos a que le encuentren la vuelta para zafar.

Pretender eliminar la pobreza en la Tierra es una herejía, porque la pobreza -un subproducto de la escasez- fue creada por Dios, cuando Adán y Eva pecaron en el Paraíso. Morigerarla, despejando el camino para que con sus propias energías los pobres lo sean menos, es la obligación de cualquier bien nacido. Por eso la economía de la solidaridad pasa por ablandar el corazón de los ricos a nivel personal, y por una política fiscal genuinamente diseñada al efecto; no por meterle palos a la rueda de la economía.